

## CAPÍTULO II

y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talente, que el mío non es de ál que de seruiros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talente de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si aquel punto no saliera ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el qual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brinca, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efecto, teniendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

- Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, anén del becho, porque si en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la portaleta, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

- Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque «mis arcos son las armas y mi descanso el pelear».

## CAPÍTULO SEGUNDO

etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiado paje y, así, le respondió:

- Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así bien se puede apearse, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que

## CAPÍTULO SEGUNDO

traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; más él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

- Nunca fuera caballero de damas tan bien servido como fuera don Quijote cuando de su idea vino: doncellas curaban de él; princesas, del su rocino,

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme hasta que las fatigas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance

## CAPÍTULO SEGUNDO

4

Viejo de Lanzarote ha sido Causa que sepáis mi nombre ante de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras Señorías me manden y yo obedezcas, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

— Cualquiera yantaría yo — respondió don Quijote —, porque, a lo que entiendo, me había mucho caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

— Como haya muchas truchuelas — respondió don Quijote —, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales

### CAPÍTULO SEGUNDO

en sencillos que en una pieza de a ocho. Quanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, así una de aquellas servía de este menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo qual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que

## CAPÍTULO TERCERO

el abadejo eran truchas, el pan candeal y las rumeras damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Más lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legitimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

## CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero y, así, fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada en cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballería, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

— No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber que hacerle ni decirle, y porfiaba con él que se levantara y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que

### CAPÍTULO TERCERO

le pedía.

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío -respondió don Quijote-, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéia de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo relaré las armas y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatros partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es incunado.

El rentero, que, cómo está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales

### CAPÍTULO TERCERO

como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él arimismo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiere dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riaraín, Compañía de Sevilla, Agosajo de Segovia, la Oliviera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potos de Córdoba y Las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercido la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos fuertes, remestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a muchos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen



## CAPÍTULO TERCERO

Con él de sus haberes, en pago de su buen desseo.

Dijole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba demolidada para hacerse de nuevo; pero en caso de necesidad él sabía que se podrían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana siguiente, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en esas historias no se escribía, por haberles parecido a los autores de ellas que no era menester escribir una cosa tan ociosa y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los tenían; y, así, súviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese

### CAPÍTULO TERCERO

Sucedérles, y que asimismo llegaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todos veces en los campos y desiertos donde se combatían y sañían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador como amlog, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna conceña o enano con alguna ~~redoma~~ redoma de aire de tal virtud, que engustando alguna gota de ella luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiese tenido; más que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertado que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hulas y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos - que eran pocas y raras veces -, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no comunase de

### CAPÍTULO TERCERO

allí adelante sin dineros y sin las prevenciones requeridas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometiéndole don Quijote todas, de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogióndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila, que junto a un pozo estaba, y, abrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la lourea de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba.

Admirábase de tan extraño género de lourea y fuéronsele a mirar desde lejos, y vieron que con sosiego además unas veces se paseaba; otras, arremado a su lanza, ponía los ojos

12

## CAPÍTULO TERCERO

en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Autojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo:

- ¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciño espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero de estas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos y, puesto el pensamiento - a lo que pareció - en su señora Dulcinea, dijo:

2

### CAPÍTULO TERCERO

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado — porque aún estaba aturdido el arriero —, llegó con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie saltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, abrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo: — ¡Oh señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tanta aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometeran todos los arrieros del mundo, no volvieran el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde

## CAPÍTULO TERCERO

lejos a lllover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su ueranga y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habían dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote les daba, mayores, llamándolos de alevoses y traidores, y que el señor del castillo era un follo y mal nacido caballero, pues de que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

— Pero de vosotros, señores y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudierdes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sanchez y demasia,

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que el primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su moésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería, luego, antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento

### CAPÍTULO TERCERO

Dijole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso de esto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mando hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hubo esto, mando a una

## CAPÍTULO TERCERO

de aquellas damas que le cínese la espada, la cual le hizo con mucha desemvolvtoza y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habiam visto del novel caballero les tenia la risa a raya. Al cenizle la espada dijo la buena señora:

- Dios haga a vuestza merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque, si supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, para que pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y era hija de un rremendón natural de Toledo, que vivía en las tiendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviere le servizía y le temizía por señora. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase «doña Tolosa». Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espada, con la cual le puso casi el mismo